

de Portugal, me dijo: «Todas las calamidades y trabajos, que ya están padeciendo nuestros hermanos los jesuitas de Portugal, son nada respecto de los que vendrán sobre los jesuitas españoles..... Pero buen ánimo, P. Olcina, que al fin cantaremos la victoria..... Todo esto,» añade el P. Olcina, «no hay que decir que me lo han contado; que yo mismo se lo oí decir á dicho Padre ocho ó nueve años antes del destierro de los jesuitas españoles; y tan bien como yo, se lo oyeron varios otros jesuitas, que estaban entonces en el colegio máximo de San Pablo de la ciudad de Valencia, los cuales viven todavía, como tambien vive el mismo P. Juan.»

CAPÍTULO VI

Es destinado Pignatelli á estudiar teología en Zaragoza. — Aplicase con grande afan al estudio. — El nuevo soberano en Zaragoza. — Parte que en los festejos toma Pignatelli. — Su admirable actividad. — Su esmero en la práctica de la virtud. — El duque de Choiseul, ministro de Francia. — Comienza en este reino la persecucion contra los Padres de la Compañía. — Esles favorable Carlos III en España. — Procura Choiseul atraerle al partido de sus adversarios. — Decretos del Parlamento de París contra la Compañía. — Pide el H. José ser enviado á las misiones de América. — Sucumbe al trabajo y enferma. — Restablécese, y se le encarga el acto grande de teología. — Enferma de nuevo y se le exonera del acto. — Ordenase de sacerdote. — Sucesos del día de su misa primera. — Principios del reinado de Carlos III. — Regalismo jansenístico. — Roda y Campomanes.

1739 — 1763

Tres eran los seminarios de la Provincia de Aragon, en que por este tiempo se enseñaba la teología: el de Valencia, el de Barcelona y el de Zaragoza; y á este postrero fue destinado el H. José Pignatelli para dedicarse al estudio de aquella facultad. Inútil es decir que si vivas fueron las ansias de los moradores del colegio de Calatayud de tener en su compañía al jóven Pignatelli, no eran menos encendidos los deseos de los profesores y escolares de Zaragoza de contar en el número de sus discipulos y compañeros de estudio al hermano del conde de Fuentes,

al ferviente religioso de cuya santidad tenían anticipada noticia, y al aprovechado estudiante que acababa de alcanzar gloriosos laureles en el acto filosófico con tanta maestría sustentado en Calatayud.

Los adelantos que había hecho en la ciencia filosófica, le disponían grandemente para penetrar las sutilezas escolásticas de la ciencia teológica y formarse ideas claras, cuanto al humano entendimiento es permitido, de los soberanos dogmas de la religión. Por otra parte la augusta sublimidad de la materia, que forma el objeto de las ciencias sagradas, atraía su espíritu afanoso de saber con un ímpetu irresistible; y la necesidad de poseer á fondo el conocimiento de las verdades reveladas para cumplir con el fin de su vocación, le aguijoneaba de continuo para que con toda la intensidad de sus fuerzas se empleara en su estudio.

Cautivábale de una manera muy particular el de la sagrada Biblia, en cuya lectura le parecía oír en el fondo de su alma la voz del mismo Dios que le hablaba é instruía. Gustaba sobremanera de leer los códices divinos en la lengua original en que fueron escritos. El conocimiento que tenía de la griega le franqueó desde el principio la entrada para el nuevo testamento; y no contentándose con la antiquísima y sumamente autorizada traducción de los Setenta para entender á fondo los libros del testamento antiguo, se dedicó con todas las fuerzas de su alma al estudio del hebreo, del caldeo y del siríaco. Los progresos que en estos idiomas orientales hizo no fueron menores que los hechos en las lenguas clásicas, como lo prueba el que aun en su vejez se recreaba en la lectura de estos libros hecha en refectorio, según ya ántes hemos referido; y deseaba que los suyos hiciesen otro tanto.

Y si hemos de dar crédito á su biógrafo el P. Monzon, fueron los adelantos que en el estudio de dichas lenguas orientales hizo, tan rápidos y sorprendentes, que á los pocos meses, y aun semanas, de haberlo emprendido, estuvo apto para componer, y no solamente en prosa, sino también en verso, en aquellas

lenguas tan difíciles¹. Lo cual testifica aquel autor haber acontecido en la ocasión de que voy hablar. Pasó desde Nápoles á España en Octubre de este mismo año de 1759, en que el Hermano José comenzó la teología, D. Carlos, en España el tercero de este nombre, á ceñirse la corona de este reino, de la cual le había nombrado heredero y sucesor en su testamento Fernando VI, fallecido en 10 del pasado Agosto. Llegó D. Carlos á Zaragoza el 28 de Octubre, y por indisposición de alguno de sus hijos le fue forzoso demorar en la capital de Aragón un mes entero. El P. Zacanini, maestro del príncipe de Asturias D. Carlos, acompañaba á su real discípulo².

Festegó la ciudad con extraordinarios regocijos públicos la presencia del augusto monarca; y quisieron los Padres de la Compañía tomar parte en las demostraciones de afecto y veneración de la ciudad á su rey. «Encargóse al H. Pignatelli,» escribe el P. Monzon³, «la dirección de los festejos, por creérsele capaz de arreglar la cosa de manera, que todo fuese del agrado del príncipe y de la corte, y á la vez decoroso para el colegio. Propuso á sus condiscípulos, que cada uno compusiera en la lengua que supiese, alguna poesía en metros diferentes, á lo cual accedieron con gusto ellos: el H. José tomó sobre sí el cuidado de componer las hebreas y caldeas: adornó con gusto y magnificencia las extensas fachadas del colegio, de las escuelas, y de la casa de tercera probación llamada «del Padre Eterno,» y en lo más alto se colocaron las poesías trazadas con elegantes caracteres y escritas en las lenguas española, francesa, latina, griega, hebrea y caldea, y aun en otras más: espectáculo gratisimo al pue-

¹ No parece admisible que en tan corto tiempo alcanzase tal conocimiento de estas lenguas. Yo me inclino á creer que las estudió en Calatayud juntamente con la filosofía.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 23, pág. 94. El P. Manuel Luengo nació en Nava del Rey en Noviembre de 1735. Murió en Barcelona al volver á España después del restablecimiento de la Compañía por Pío VII, en 12 de Noviembre de 1816, siendo de edad de 81 años, y teniendo 61 de religión.

³ *Vida*, Lib. I, Cap. IV.

blo aragonés y admirado de los inteligentes, que se repitió por espacio de ocho días, cambiándose en cada uno de ellos las composiciones literarias. El principal director de todo fue el H. Pignatelli, que dio muestra de su actividad, de su inventiva y de su buen gusto.» Hasta aquí el P. Monzon.

¡Quién creyera que este príncipe al cual ahora tanto se agasajaba, había de trocarse de afecto á la Compañía en su más implacable enemigo! Así se lo había predicho ya en Nápoles el santo apóstol de aquel reino, el P. Pepe, de la Compañía¹. Estaba el rey enfermo, sacramentado y desahuciado de los médicos: puesto en oración el Padre al lado del moribundo, levantóse y con alegre rostro le dijo: «Anímese Vuestra Majestad, que dentro de pocos días se verá sano y reanudará el curso de sus ocupaciones ordinarias.» Tomó el rey este preuncio como un buen deseo del Padre; pero su restablecimiento inesperado le recordó las palabras del religioso, y lo atribuyó á las oraciones del mismo. Dióle con mucho afecto las gracias y le rogó le indicase en qué podría manifestar su agradecimiento tanto á su persona como á toda la Compañía. «¡Ay de mí!» respondió el Padre: «tiempo vendrá en que á esta Compañía, ahora tan amada, la hará verter Vuestra Majestad lágrimas de sangre.» Protestó el rey de su inalterable afecto, hablando conforme á las disposiciones en que entonces se hallaba; y lo mismo aseguró al P. General Ricci, quien al saber que D. Carlos pasaba á ocupar el trono de España, fue á Nápoles á recomendarle la defensa de la Compañía tan atribulada en Portugal².

Ya desde allí en adelante, siempre que se ofrecía tener que hacer pública demostración de ingenio para honor de los estudios, Pignatelli era el que se encargaba de entusiasmar á sus condiscípulos, llevando él lo más penoso del trabajo no solamente en la composición de las poesías y discursos, sino también en

¹ P. CARAYON, *Documents inédits concernant la Comp. de Jésus*. Tomo XV, pág. XXIV.

² P. BOERO, *Vida*, Lib. II, §. II.

lo que tocaba á la parte de decoracion; y en todo se mostraba dotado de exquisito gusto é incansable en el trabajo.

Lo que más admiraba en el joven teólogo era la facilidad con que juntaba el estudio de la ciencia con estas otras ocupaciones, que tanto suelen distraer el ánimo y divertirle de los trabajos serios: si bien es verdad que aumentaba las horas del día robando á la noche las que debía destinar al reposo de su cuerpo. Excusado es decir que en esto siempre obró sin apartarse un ápice de la obediencia de los Superiores; pues estaba bien persuadido que solamente podían ser agradables á Dios sus desvelos y trabajos, cuando llevasen impreso el sello de la voluntad divina y no se dirigiesen á otro fin menos sublime y elevado que el de la mayor gloria de Dios y salvación de las almas.

Las hondas raíces que había echado su humildad ya en el noviciado de Tarragona, ya en Manresa, ya principalmente en Calatayud durante la tribulación que allí sostuvo, le ponían á cubierto de los ataques de la vanagloria y de la soberbia. Conservaba tan fundamental y necesaria virtud y se esforzaba por crecer en ella con la continua práctica de las pequeñas humillaciones que ofrece la disciplina regular y la vida de estudiante; humillaciones, que por su pequeñez hubieran pasado imperceptibles á quien tuviese vista interior menos aguda y educada que el Hermano Pignatelli, pero que por su número y por lo continuo que se ofrecen, equivalen á otras mayores; y bien aprovechadas, como sabía él hacerlo, conservan la virtud adquirida, la robustecen y perfeccionan.

Esmerábase el nuevo teólogo en el ejercicio de todas ellas; era enemigo de toda singularidad; su exterior compuesto con modestia y sencillez religiosa; su natural afabilidad en el trato le hacía acomodarse á toda suerte de personas nobles y plebeyas, superiores é inferiores, le atraía el amor y la confianza de domésticos y extraños, con lo cual se hacía dueño de los corazones de cuantos con él conversaban.

Con este fervor andaba el joven Pignatelli durante sus estudios; y con el ejercicio de las sólidas virtudes le iba Dios robusteciendo.

teciendo el espíritu y preparándole para las terribles pruebas por que había de pasar en razon de mostrarse fiel hijo de la Compañía, á la cual amaba con indecible ternura, y así sentía en el alma las calumnias de que era blanco. «En Francia,» como escribe el cardenal Hergenroether¹, «estalló tambien una violenta persecucion contra la Compañía, preparada durante mucho tiempo por los jansenistas, sus acérrimos adversarios; quienes para sostener la lucha fundaron la llamada «Caja del Salvador,» destinada especialmente á la publicacion de libelos infamatorios, sirviéndoles de poderosos auxiliares los escritores revolucionarios, (que segun confesion de Voltaire, en carta á Helvecio, se proponían extirpar la orden, á fin de poder aniquilar el cristianismo), y los Parlamentos, que odiaban de muerte á estos defensores de la autoridad pontificia.»

La actitud hostil de los Parlamentos franceses contra la Compañía no tardó en ponerse de manifiesto. En 30 de Enero de 1760 el tribunal de comercio de París con una sentencia evidentemente injusta, como demuestra Crétineau Joly², hace solidarios de Lavalette á todos los jesuítas franceses, y los obliga á pagar 30.000 francos á un acreedor de aquel. Cuatro meses después, en 21 de Mayo, el consulado de Marsella, siguiendo la misma jurisprudencia del de París, permite á otros acreedores embargar cualesquiera bienes de la Compañía. Los Padres apelaron de tan inicua sentencia al Parlamento. Muere entretanto á 26 de Enero de 1761 el ministro Belle-Isle, aquel «valiente capitán, hábil diplomático y ministro, que nunca obró contra su deber³:» y le sucede el duque de Choiseul, aquel «tipo de los nobles del siglo XVIII, que reunía la incredulidad, la gracia, el orgullo, la nobleza, el lujo, la insolencia, el valor y aquella ligereza, que habría sacrificado el reposo de la Europa á un epigrama ó á una lisonja⁴.»

¹ *Hist. de la Iglesia*, Tomo V, pág. 579.

² *Hist. de la Comp. de Jesús*, Cap. XXXV.

³ *Id. ibid.*

⁴ *Id. ibid.*

Carlos III por real decreto de 19 de Enero del siguiente año de 1761 prohibía en toda la península española la circulacion de folletos calumniosos contra la Compañía venidos de Portugal; y el nuevo ministro de Francia, deseoso de cooperar á la obra impía de Carvalho, concibió la idea de atraer á sus planes al rey de España. Para esto propuso reunir en una comunidad de afectos é intereses á las diversas ramas de la casa de Borbon con el conocido «Pacto de Familia:» y á fin de captarse la voluntad de Carlos III, indujo Choiseul á Luis XV á que sacrificase á favor de España una de las prerrogativas de la corona, concediendo que en Europa el embajador español ocupase el primer lugar después del de Alemania, derecho que hasta entonces había gozado el embajador de Francia.

Uno de los primeros que gozó este privilegio fue D. Joaquin, hermano de nuestro José, como luégo se dirá. La táctica de Choiseul era coger á Carlos III por su parte débil; mas tuvo el desconsuelo de ver que se las había con un príncipe mas morigerado y menos débil y mejor aconsejado que José I de Portugal y Luis XV de Francia: «así, pues,» dice Crétineau Joly, «se desistió de obrar sobre él por medio de coercion y por lisonjas.» Muy diferente rumbo llevaban las cosas en Francia.

El Parlamento de París, que no ignoraba cuán enemigo de los jesuítas era el nuevo ministro, puesto en el caso de fallar sobre una simple quiebra, elevó el asunto al grado de cuestion religiosa. Con el pretexto de comprobar las razones alegadas por los tribunales de comercio, mandó á los jesuítas en 17 de Abril de 1761 que presentasen un ejemplar de sus Constituciones. Al día siguiente expidió un auto en virtud del cual suprimió las congregaciones pías que estaban fundadas en sus iglesias, las cuales á no tardar se vieron reemplazadas por logias masónicas. El 8 de Mayo siguiente condenó al General y á toda la Compañía á satisfacer las deudas todas de Lavalette. Finalmente el 1.º de Abril de 1762 mandó cerrar todos los colegios de los jesuítas, y el mismo día se vieron la capital y las provincias

inundadas de obras serias, de folletos y de requisitorias contra la Compañía y su instituto.

En vano «Clemente XIII escribió al soberano el 4.º de Junio de 1762, haciéndole notar que la tormenta que se había desencadenado contra los jesuitas, se dirigía al mismo tiempo contra el altar y el trono, de suerte que estos religiosos no eran más que las primeras víctimas sacrificadas en los altares de la impiedad:» el Parlamento, dos meses después, el 6 de Agosto, expidió un decreto, en virtud del cual suprimíase á la Compañía de Jesús, se declaraban nulos y de ningun valor sus votos religiosos, se calificaban de abusivas las Bulas de los Pontífices que le eran favorables, y de impío, peligroso para el Estado y digno de proscripción el instituto de San Ignacio.

Con razón dijo Voltaire, escandalizado por este decreto: «Lo más extraño en este universal desastre es que en Portugal se vieron proscritos [los jesuitas] por haber degenerado de su instituto; y en Francia, por haberse conformado en gran manera con él.»

Las calumnias esparcidas en Portugal y en Francia contra la Compañía de Jesús por los enemigos de la Iglesia versaban de ordinario sobre las misiones de Ultramar, dando la distancia de los lugares mayor descaro para desfigurar la verdad de los hechos, y seducir con la mentira á los incautos. Y esta conducta de los contrarios era á Pignatelli tanto más sensible, cuanto que una de las ilusiones que más le halagaban, era la de sacrificar su vida en la conquista de las almas en los más remotos países.

Habíase observado que al despedirse de él aquellos de sus hermanos, á quienes había cabido la suerte de ser enviados á las misiones de las Indias, no contento con manifestarles la santa envidia con que los miraba, encargábales muy apretadamente que le informaran de todo lo nuevo que allí advirtiesen, de lo raro y curioso y diferente de lo de por acá que encontrasen en

¹ HERGENROETHER, *Hist. de la Iglesia*, Tomo VI, pág. 684.

² CRÉTINEAU JOLY, *Hist. de la Comp. de Jesús*, Cap. XXXIV.

aquellas regiones: y para moverles más á que satisficiesen sus deseos, prometiales que en cambio de las noticias que de allí le comunicasen, él les enviaría cuantos libros pudieran serles útiles y necesarios. Su celo por la salvación de los infieles y su afán por todo lo que era saber y conocer las rarezas naturales, le decidió á pensar delante de Dios seriamente, si sería tiempo ya de ofrecerse á sus Superiores para ir á evangelizar á los pobres gentiles, que al otro lado de los mares vivían privados del conocimiento de Dios.

No bien le hubo parecido que efectivamente el Señor le escogía para su apóstol, cuando henchido de alegría su corazón, tomó la pluma y escribió al P. General, Lorenzo Ricci, pidiéndole con grandes veras se dignara honrarle con la gloria de predicador de Cristo y enviarle á alguna de las misiones. Así lo refiere cierta persona, á quien el P. Monzon califica de «bien informada,» la cual dice así: «Después que hubo [el H. Pignatelli] considerado con madurez en la oración este su deseo, ofreció con ánimo constante el holocausto de su vida en el ara de la obediencia, y pidió luego instantemente al P. General Lorenzo Ricci el destino que tanto deseaba; mas nuestro Señor se dio por servido con la fiel correspondencia de José á su llamamiento; y por su representante, esto es, por el Superior, le manifestó su voluntad, le agradeció el ofrecimiento, mas no accedió á su demanda.»

La respuesta suavemente negativa del P. General, por las razones gravísimas en ella alegadas, comunicóla en confianza el P. José al citado amigo, dándole á leer aquella carta verdaderamente paternal. «Y bien lo ha mostrado el suceso,» continúa el expresado testigo; «porque su permanencia en Europa ha sido por tantos títulos más útil para el aliento, edificación y alivio de los suyos hasta el último instante de su vida, como presentía el Padre General en las azarosas circunstancias en que á la sazón se encontraba la Compañía.»

Tales eran las generosas aspiraciones de nuestro joven teólogo: así sabía correr á pasos agigantados por el camino de la vir-